

un medio ni universal, ni pronto, ni fácil, ni cierto, ni fiel; luego la filosofía no es el medio natural dado al hombre para conocer la verdad; así, pues, atribuir exclusivamente á la filosofía la misión de conducir las inteligencias humanas á la verdad y definir la filosofía: «el conocimiento racional de la verdad,» es pecar al mismo tiempo contra la razón y contra la verdad.

§ 3. El raciocinio ó la filosofía no es el medio natural de conocer á Dios, ni las demás verdades necesarias al género humano.—Absurdos, confesiones y contradicciones de los filósofos antiguos y modernos.

Hanos suministrado el ángel de la escuela toda esta argumentación contra la tesis del racionalismo, según la cual: «El medio natural dado al hombre para llegar á la posesión de la verdad,» es el raciocinio ó la filosofía.

»En cuanto á la inmensa mayoría de los hombres, es manifiesto, dice este gran doctor, que obligada á proporcionarse los medios de conservar la vida corporal y ocuparse de los cuidados domésticos, no puede ni aun pensar en dedicarse á las investigaciones científicas, y aun cuando pensase no podría sacar provecho de ellas. Así, pues, si la investigación científica ó el estudio de la filosofía fuese el único medio de llegar al conocimiento de la verdad, siendo este estudio imposible á la inmensa mayoría de los hombres, el conocimiento de la verdad lo sería igualmente para ella; y por una ley resultante de las condiciones necesarias de la humanidad, esta mayoría quedaría inhumanamente excluida del precioso patrimonio de la verdad.» (*Sum. contr. Gent., Lib. I, C. IV.*)

Mas para dar á conocer mejor su forma y su importancia, santo Tomás aplica á un caso particular esta doctrina general concierne á la necesidad que tiene la razón de otro medio natural que el raciocinio para conocer siquiera las verdades *consecuencias*, siquiera las verdades del dominio y de la competencia de la razón. Este caso particular es el conocimiento de Dios. Este conocien-

to, dice santo Tomás, contiene dos órdenes de verdades: el uno es el orden de las verdades de que la razón, la enseñanza social puede darse cuenta y crearse su certidumbre racional por la demostración; el otro es el orden de esas verdades relativas á la naturaleza divina y sus perfecciones, que la razón ni aun puede sospechar y ménos todavía descubrir. Pues bien, dice el doctor angélico, hasta las verdades del primero de estos dos órdenes, que sólo la razón puede abordar, relativamente á Dios, *tuvieron que ser reveladas* (1), sin lo cual la razón de la inmensa mayoría de los hombres las hubiera ignorado siempre.

Hé ahí por qué, continúa santo Tomás, esta grande y primera verdad es el supremo grado de la ciencia humana, el punto culminante de los conocimientos intelectuales, el último fin de toda la filosofía (2). Para llegar siquiera á las simples ideas de Dios, que la razón puede apreciar, es preciso haber recorrido toda la carrera del saber humano; haber hecho los más largos y más formales trabajos, y haber contraído un largo hábito de las cosas intelectuales, nada más que para principiar la investigación de una verdad tan grande y tan sublime (3); lo cual sólo puede hacerlo un número muy escaso de hombres. Si no hubiese, pues, para la humanidad, concluye santo Tomás, otro medio de llegar al conocimiento de Dios que el del raciocinio particular ó la filosofía, salvo algunos espíritus escogidos que, después de largas y penosas tareas, llegarían á adivinar alguna cosa de Dios: *Cognitio Dei non nisi quibusdam paucis etiam post temporis longitudinem perveniret*, el género humano entero estaría condenado á permanecer

(1) «Duplici veritate divinorum intelligibilium existente: una ad quam rationis inquisitio pertingere potest; altera quæ omne ingenium humanæ rationis excedit: ultra convenienter divinitus credenda proponitur.»

(2) «Summus gradus humanæ cognitionis in cognoscendo Deum consistit. Cognitio Dei est fastigium humanæ cognitionis. Totius fere philosophiæ consideratio ad Dei cognitionem ordinatur.»

(3) «Multa præcognoscere oportet. Non nisi post longa exercitia intellectus humanus idoneus inveniri potest.»

en las tinieblas de la ignorancia más completa relativamente á Dios: *Remaneret igitur humanum genus, si sola rationis via ad Deum cognoscendum pateret, in maximis ignorantie tenebris.* ¡Cuán admirable, concluye santo Tomás, ha sido la clemencia divina, queriendo proveer á la salud del hombre, con haber ordenado que creyese con fe divina, como si le hubieran sido reveladas, hasta las verdades que no esceden de los límites de la razón! Pues este es el único medio por el cual todos los hombres pueden fácil y ciertamente llegar al conocimiento de Dios separado de todo error: *Salubriter ergo divina providit clementia, ut ea etiam, quæ ratio investigare potest, fide tenenda præciperet, ut sic OMNES de FACILI possent divinæ cognitionis participes esse, et absque DUBITATIONE et ERRORE.*

En la primera cuestion de la primera parte de la *Suma teológica*, santo Tomás establece la misma doctrina: «Hubo necesidad, dice, de que el hombre fuese instruido por la revelacion divina, aun de las verdades relativas á Dios que pueden ser investigadas por la razón. Pues por las investigaciones de la razón, la verdad concerniente á Dios no podría ser alcanzada más que por un número reducidísimo de hombres, al cabo de mucho tiempo y mezclada con una infinidad de errores, inconveniente inmenso, pues del conocimiento de la verdad de Dios depende toda la salvacion del hombre que sólo está en Dios. Por consiguiente, para que los hombres pudiesen recibir de una manera más completa y más cierta su salvacion, fué necesario que aprendiesen por la revelacion divina las verdades divinas» (1).

(1) «Ad ea etiam quæ de Deo ratione humana investigari possunt, necessarium fuit hominem instrui revelatione divina: quia veritas de Deo, per rationem investigata, paucis et per longum tempus. et cum admixtione multorum errorum, hominibus proveniret; a cujus tamen veritatis cognitione dependet tota hominis salus, quæ in Deo est. Ut igitur salus hominibus et convenientius et certius proveniat, necessarium fuit quod de divinis per divinam revelationem instruerentur.»

Hé ahí la doctrina que santo Tomás puso á la cabeza de sus dos más maravillosas y más importantes obras, la *Suma contra los gentiles* y la *Suma teológica*. De suerte, que la primera leccion que da en estas dos obras maestras de la verdadera ciencia y de la verdadera filosofía, es una leccion de humildad para la razón humana; una leccion sobre la necesidad de la fe y sobre la impotencia de la ciencia ó la filosofía, puramente humana, de suministrar al hombre el conocimiento comun, fácil y cierto de la verdad.

En la segunda seccion de la segunda parte de la *Suma teológica*, el mismo sancto Doctor vuelve é insiste de una manera particular acerca de la imposibilidad en que el hombre se encuentra de llegar por otros medios que la revelacion al conocimiento cierto, aun de esas verdades que la razón puede demostrar. Pues en un artículo titulado: LA FE ES NECESARIA AUN PARA LAS VERDADES QUE PUEDEN SER PROBADAS POR LA RAZÓN: *Utrum credere ea quæ ratione probari possunt, sit necessarium* (Quæst. 2, Art. 4), se espresa en estos términos: «Es de toda necesidad que el hombre reciba por la via de la fe no sólo las verdades que son superiores á la razón, sino tambien las que pueden ser conocidas por la razón, y esto por tres motivos: 1.º para que el hombre llegue más pronto al conocimiento de la verdad divina...; 2.º para que el conocimiento de Dios sea más universal...; y 3.º para que sea cierto, puesto que la razón humana es demasiado débil para poder conocer las cosas divinas. La prueba de ello es, que los filósofos que han pretendido conocer á Dios por la sola via de las investigaciones naturales, han caido en muchos errores. Por consiguiente, para que la humanidad pudiese poseer con certidumbre absoluta y perfecta el conocimiento de Dios, FUÉ NECESARIO, hubo necesidad de que todo lo relativo á Dios fuese trasmitido á los hombres, como revelado por ese Dios mismo que no puede mentir» (1).

(1) «Necessarium est homines accipere per modum fidei non solum ea quæ sunt supra rationem, sed etiam ea quæ per rationem cognosci possunt. Et

Así, pues, para conocer lo que necesitaba conocer, el género humano no debió, según santo Tomás, esperar á que Sócrates llegase á saber alguna cosa; á que Anaxágoras encontrase la luz de la verdad en las tinieblas; á que Demócrito sacase la verdad del pozo; á que Empédocles dilatase las sendas del espíritu del hombre. Conoció la verdad desde el principio, la encontró en su cuna. Toda verdad, según la graciosa expresión de los Libros Santos, salió al encuentro del hombre á la entrada en el mundo, para alumbrarlo, como una madre recibe en sus brazos al hijo que la acaba de nacer, para cuidarle.

Al crear al primer hombre con la mano cariñosa de un amigo, más que con el tono imperioso de un señor, Dios le instruyó de todo lo que debía saber; haciéndose Padre de él, se hizo también su Maestro. La hipótesis del hombre, bestia muda y estúpida en su origen, trasformada en hombre que raciocina y habla después de muchos siglos de la vida salvaje, hipótesis que ya hemos expuesto y combatido al principio de este *Tratado*, no es otra cosa que el sueño sacrilego de espíritus inmundos, que gustan, imitando el ejemplo de los animales inmundos, de revolcarse en el cieno y de manchar la noble y bella figura del hombre: *Sicut sus lota in volutabro luti* (II, *Petr.* II); no es más que el delirio de inteligencias más degradadas que el bruto, que carece de inteligencia.

La razón de los hijos de Adam, como acabamos de ver también, se ha formado de la misma manera que la de su padre, por la enseñanza tradicional ó por la revelación. La discusión no es posible más que sobre la *posibilidad* de que hubiera sucedido de otro modo. En cuanto al *hecho* de esta revelación primitiva que, por la ense-

» hoc propter tria. Primo, ut citius homo ad veritatis divinæ cognitionem
» perveniat... Secundo, ut cognitio Dei sit communior... Tertio, propter cer-
» titudinem. Ratio enim humana in rebus divinis est multum deficiens. Cujus
» signum est quia philosophi de rebus divinis naturali investigatione perseru-
» tantes in multis erraverunt. Ut ergo esset indubitata et certa cognitio apud
» homines de Deo, oportuit quod divina ei, per modum fidei, traderentur,
» quasi a Deo dicta qui mentiri non potest. » (II P., Q. 2, Art. 4.)

ñanza tradicional, se ha esparcido y establecido en toda la humanidad, solamente puede ser disputada por espíritus bastante impíos para rechazar el testimonio de la Biblia, y bastante insolentes para dar un mentís á la fe de la misma humanidad entera.

Hé ahí también una consecuencia del mismo error. Si Dios no hubiese dado al hombre otro medio que el estudio de la filosofía para instruirse de la verdad, se hubiera puesto en contradicción consigo mismo; hubiera creado al hombre para la verdad, y le hubiera rehusado el medio pronto y fácil de conocerla, esto es, el medio de satisfacer el primero y el más noble de sus deseos, la más legítima, la más urgente de sus necesidades. Le hubiera suministrado en abundancia el alimento del cuerpo, en la variedad de las producciones de la tierra, y le hubiera privado del alimento del espíritu, dejándole ignorar su origen, su naturaleza, sus deberes y sus destinos. Estas contradicciones, estos defectos de providencia, repugnan á la verdad infinita, á la sabiduría infinita, á la bondad infinita. Por consiguiente, si Dios, según pretende el racionalismo, no habló desde el primer instante al hombre para instruirle, tampoco lo creó para vivir; y más bien que admitir que Dios se olvidase hasta ese punto en la creación del hombre, sería preciso admitir que Dios no la ha creado.

Pero si el hombre no es obra de Dios, es obra de la casualidad, de la combinación fortuita de los átomos, ó de la fermentación de la materia eterna. Si la materia, los átomos, la casualidad han creado al hombre, no se les puede negar el poder de haber creado el universo; por consiguiente, esos son los verdaderos dioses, y Dios no existe.

Así, pues, la hipótesis racionalista de que: *El hombre no tiene otro medio natural que la filosofía para conocerse á sí mismo y para conocer sus relaciones naturales con los demás seres*, implica esencialmente el ateísmo, ó lo repetimos, es el mismo ateísmo. En efecto, según hemos visto, M. Cousin tomó en los filósofos materialistas y ateos su horrible doctrina *del hombre, hecho*

bestia en su origen, y transformado luego, por sus propios esfuerzos, en bestia hombre; y, semejante á la de Epicuro, toda su filosofía mal llamada espiritualista, es, en el fondo, completamente materialista; pues admitiendo á Dios de palabra, lo niega de hecho.

No hay deseo, no hay pensamiento posible de una cosa de que no tenga idea alguna: *Nihil volitum quin præcognitum*. Si, pues, independientemente de la filosofía y ántes de su invención, el hombre no hubiera poseído la idea de la verdad, y no hubiera conocido la verdad, jamás hubiera tenido el deseo ni el pensamiento de buscarla por la filosofía, y jamás hubiera tenido filosofía.

Sucede con la filosofía lo que con la razón: supone, de toda necesidad, el conocimiento previo de la verdad; puede darse cuenta de la verdad y demostrarla, pero no la inventa. Así como no puede uno ponerse á buscar un tesoro sin tener idea de su existencia y del sitio donde se le debe encontrar, así también no se puede principiar ninguna investigación sobre Dios, sobre el alma, sobre los deberes de la vida presente y las condiciones de la vida futura, sin poseer de antemano una noción de estas cosas. A este propósito decía Aristóteles: «Todo conocimiento se deriva de un conocimiento anterior: *Omnis cognitio ex præcedenti cognitione fieri solet*». Puede igualmente decirse que, así como, según la bella sentencia de Rousseau: «La palabra era necesaria para inventar la palabra,» así también el conocimiento de la verdad era necesario para emprender la investigación de la verdad, y necesariamente precedió á toda investigación científica de la verdad y á toda filosofía.

Así como la operación física del hombre no crea ni inventa los cuerpos, sino que no hace más que trabajar sobre los cuerpos existentes, sobre los cuerpos conocidos, combinarlos, modificarlos, transformarlos y sacar de ellos ventajas siempre nuevas para el bienestar de la vida material, así también la operación intelectual del hombre no crea, no inventa la verdad, que es en cierto modo

la materia de las operaciones del entendimiento. El entendimiento no hace más que ocuparse de las verdades que le han sido transmitidas, que ha recibido de otra parte, y, por consiguiente, de verdades descubiertas y ya conocidas; no hace más que estudiarlas, penetrarlas, compararlas entre sí, explicarlas, procurar comprender su importancia y su uso, y deducir de ellas consecuencias siempre nuevas para el bienestar de la vida moral. De manera que toda afirmación y aun toda negación de una cosa, y con mayor motivo su estudio, supone siempre su conocimiento previo; pues no se puede afirmar, ni aun negar, aquello de que no tiene idea alguna, y el conocimiento de la verdad precede siempre aun á su negación. Si pues ninguna verdad hubiera sido jamás conocida ántes que la filosofía, la filosofía misma nunca hubiera existido, hubiera sido y sería siempre imposible.

Pero, mal ó bien, siempre se ha filosofado entre los hombres, es decir, siempre se ha tratado de explicarse la verdad, de estudiarla, de profundizarla; siempre se ha deseado y amado la verdad. Luego siempre se la ha conocido, luego siempre se ha tenido la idea de ella; y esta idea, este conocimiento de la verdad han creado el deseo, el amor de esta misma verdad; han dado origen al nacimiento de la filosofía, ó «al amor á la sabiduría»; y, por consiguiente, no son obra de la filosofía. Así, pues, la existencia de la filosofía misma prueba evidentemente que el conocimiento de la verdad ha precedido á la filosofía, y que la filosofía no es el medio primero, natural, único de conocer la verdad.

La grande y primera verdad, la más importante, la señora, la fuente de todas las verdades, y sin la cual todo es vanidad, duda, ignorancia, error, misterio, desgracia, desesperación; esta verdad: DIOS EXISTE, ha sido conocida por todos los hombres, en todos tiempos y lugares. Todo el género humano la ha confesado, la ha realizado de la manera más patente por el culto público que ha tributado á Dios, mucho tiempo ántes que la filosofía se hubiese dignado ocuparse de ella, para demostrarla ó bien para negarla, y ella

no pudo, en ciertas épocas de la vida de la humanidad, ser rodeada de los homenajes de los verdaderos sabios, ó combatida por los impíos, sino porque era ya conocida en todo el mundo.

Otro tanto sucede con todas las verdades que constituyen el orden intelectual, moral y social. La filosofía no había nacido aun, no había sido inventada, en cuanto á la palabra y en cuanto á la cosa; mientras que esos órdenes existían hacia muchos millares de años, y por consiguiente, se conocían las verdades intelectuales, morales y políticas, que son sus bases, sus lazos y sus garantías. Con la fe de un Dios único, eterno y omnipotente, que gobierna el universo por medio de su providencia, los hombres han poseído siempre, en todas partes, la fe de la inmortalidad del alma, de los deberes del hombre para con Dios, para con los demás hombres y para consigo mismo, y de la obligación de hacer el bien y evitar el mal en este mundo, para ser recompensado en el otro.

Cuanto más se remonta uno con el pensamiento al origen de las cosas, más puras se encuentran estas verdades, más despojadas de toda mezcla de error. En esto se diferencian también infinitamente esas verdades, de los hechos físicos; pues los hechos físicos son mejor conocidos en lo sucesivo, al paso que las verdades morales han aparecido más luminosas, más brillantes desde el principio.

Esta tesis se halla también confirmada por todos los libros, historias y comentarios de la filosofía, pues nada se encuentra en ellos afirmado, negado, demostrado ni explicado, que no haya sido antes conocido por la humanidad. Todos los principios que forman la razón, todos los deberes que constituyen la sociedad, han sido conocidos y practicados antes que los griegos y los romanos hubiesen pensado en convertirlos en objetos de sus estudios. Toda verdad ha precedido á la existencia de las sectas y de las escuelas de los filósofos; y no hay ni siquiera una de esas verdades que se llaman naturales, cuyo descubrimiento é invención pueda la filosofía atribuirse.

No hay ni una sola de esas verdades de las que pueda decirse: *Que ignorada en un tiempo, fué descubierta en otro por un filósofo*. Conocidos son los filósofos que negaron ó combatieron los primeros tal ó cual verdad; pero el primer filósofo que haya encontrado, descubierto y revelado al mundo tal ó cual verdad, está todavía por descubrir.

Se pueden citar filósofos que han trasportado á un lugar, de que había desaparecido y donde se había oscurecido, una verdad que habían aprendido en la escuela de la tradición social ó de la religión de su patria. Se pueden citar muchos filósofos *misioneros* de la verdad (los judíos no eran más que esto); pero no se puede citar un solo filósofo primer *inventor* de una sola verdad. Así como toda verdad revelada ha existido en la Iglesia antes que toda teología, así también toda verdad natural ha existido en la humanidad antes que toda filosofía.

Cierto es que la verdad ha salido de la tierra: *Veritas de terra orta est* (Psalm. 84, 12); pero esto sucedió después de haber bajado del cielo. Pues, al crear el mundo de las inteligencias, el Agricultor divino, el Dios Padre, lo primero que hizo fué sembrar en él su semilla, la verdad: *Pater meus agricola est* (Joan., XV, 1). *Exii qui seminat seminare semen suum* (Matth., XIII, 3). Y cuando ese TRIGO DE LOS ELEGIDOS, *Frumetum electorum* (Zac., IX, 17), se hubo corrompido, lo renovó, no por medio de los filósofos, sino por medio de su HIJO y mediante una nueva sementera. De suerte que ninguna verdad, ni aun natural, ha germinado en la tierra sino de una semilla celeste. Ninguna de esas verdades ha sido inventada por el hombre, sino todas enseñadas, la primera vez, por Dios; y, desde el origen del mundo, la verdad ha sido, siempre y en todas partes, enseñada á los hombres, y no inventada por los hombres.

Estaba reservado á nuestros tristes días oír á un falso filósofo llevar el valor de la blasfemia y la jactancia de la mentira hasta el extremo de afirmar que «el dogma de un Dios único y espiri-